

# *Sonámbulos*

OBRA EN UN CUADRO ORIGINAL DE

*Carlos de Aguilaz Merlo*

Personajes:

Miguel

Jaime

Luis

Vieja

Profesor

Guardía

Mujer baratísima

Ella

\* \* \*

Un solar sucio y oscurecido. De una forma lejana e intermitente se percibe ruido de tráfico acompañado de leve iluminación.

Entran MIGUEL, JAIME y LUIS, descuidados en el vestir y suspendidos en la vida como burbujas en una emulsión. Un globo pendiente de un hilo siente más que ellos, la atracción de la gravedad hacia la tierra.

MIGUEL.— Estoy cansado de buscar un sitio sano y libre. ¡Mierda de ser!

JAIME.— No lo encontraremos, este planeta está todo cercada. Rejas en las ventanas, en las puertas, en los bancos, en las alcantarillas.

MIGUEL.— Sentémonos.

JAIME.— (Con las manos en los bolsillos da una patada a una piedra como si se la diera a sí mismo) Para acabar sentándome en el suelo no he andado tantos minutos de mi vida.

MIGUEL.— Mistifica; es fácil. Me gusta esto; es necesario salir al campo para respirar aire puro. Así, vives sin tiempo, fuera de él. El reloj, como el suburbano, para las ciudades.

LUIS.— Eso es cierto. Aquí puedes gritar lo que quieras: "Viva el rey", o "Abajo el rey". Nadie te hará caso. Prueba a gritar: "Al asesino". Te asesinarán sin ninguna prisa.

JAIME.— Como en la ciudad, todo igual que en la ciudad. No me gusta el campo. Hay una vida que consumir. No es este el sitio. Habría que ir más lejos.

MIGUEL.— ¿Qué sabes tú de éste o aquél, basura?

JAIME.— Poca cosa, que entre uno y otro, siempre hay un tercero, sea Dios o el diablo. Siempre el vacío está lleno.

LUIS.— Quizá. Ahora yo estoy entre Miguel y Jaime.

JAIME.— No, yo estoy entre Miguel y Luis. Formamos triángulo. Todos estamos entre todos.

Pausa.

MIGUEL.— Quizá venga hoy.

JAIME.— ¿Quién o qué ha de venir?

LUIS.— ¿Para qué esperar? Siempre va y viene y nunca está presente.

JAIME.— Ese me ha gustado a mi ser. Pero siempre tuve que estar presente. No sabéis la tragedia de no ser ya pasado.

MIGUEL.— Mierda, desvarías.

LUIS.— Conozco la tragedia de ser presente. De estar aquí sin salir de mi tiempo.

MIGUEL.— Creo que no sabéis nada. O solo subvertir.

JAIME.— Una vez despierto soñé que había dejado de ser. Flotaba, luego me diluía como una nube pero siempre alegremente, dulcemente.

MIGUEL.— ¿Quieres decir que a la vida no le encuentras ningún valor?

JAIME.— Quiero decir que la vida no existe, porque no existo como una vida.

MIGUEL.— Eso lo puedo negar. Yo no sé si existiré, pero la vida sí, en eso no cedo.

JAIME.— Pues si existe, tráemela, quiero tocarla los pechos para que me haga gozar, o sus asperezas y filos hasta hacerme daño.

MIGUEL.— La mancharías.

JAIME.— Me redimiría.

Entra VIEJA, enlutada, encorvada y viscosa.

LUIS.— Mirar., Viene del rosario.

JAIME.— Y corre ligera al cotilleo.

LUIS.— Vieja empecatada, arderá como una tea recordando lo que gozó en su juventud.

JAIME.— ¡Bruja!

VIEJA.— ¡Jesús bendito! Qué susto. Granujas, canallas.

JAIME.— Largo de aquí, puerca, no robes nuestra soledad.

Sale VIEJA.

MIGUEL.— Necesitáis leña, mucha leña que os haga arder las costillas y el alma. Vuestra redención estaría en un campo de concentración. Yo me escapé de uno. Cuando vieron que no podíamos trabajar, todos los sábados empezaron a llevarnos camiones de mueres procedentes de otros campos. Eran voluntarias. A los tres meses de aguantarnos los ponían en libertad. A las que no habían muerto, claro. ¡Qué ojos haciendo el amor! ¡Qué miradas subían a los camiones! Vuestra vida sin valor me repugna.

LUIS.— ¿Hay algo agradable? ¿Hay algo desagradable? ¿Hay algo?

JAIME.— No preguntes. ¿Para qué? ¿Qué más te da?

LUIS.— Ese algo es tan inmenso como todo lo que no existe.

MIGUEL.— Tan inmenso como todo lo que puede existir.

Entra PROFESOR, viejo, estirado y pedante.

LUIS.— ¡Ah! Viejo chivo, te conozco. Tú has sido mi profesor. Me enseñabas química y que ignorante eras, por cierto. Llevabas las fórmulas apuntadas en un papel y las releías más que si fueran cartas de amor. Eras el ombligo del mundo y tu cátedra la creías el Faro de Alejandría.

MIGUEL.— Yo también le conozco. Es don Rafael. Quería enseñarnos literatura, pero nunca leyó a Faulkner ni supo de sus burdeles.

JAIME.— ¡Eh, tú! ¿Adónde vas? Otra noche que pasarás en casa de tu amiguita. Es a tí, don Jesús, el que me enseñabas moral y me hablabas de Dios y su justicia.

LUIS.— Por lo que veo todos le conocemos.

JAIME.— Todos conocemos al género humano. Formamos parte de él.

PROFESOR. Míralos. Qué cuadro. Tú Raúl.

MIGUEL.— Te habla a tí, Jaime.

JAIME.— Habla, viejo vampiro.

PROFESOR.— La anatomía te pudo.

JAIME.— Me repugnan los muertos, no te acerques. No era carne caliente de mujer.

PROFESOR.— Y Rafael, je, je.

MIGUEL.— Es a tí, Luis.

LUIS.— Al fin me reconociste farsante,

PROFESOR.— El niño bien, el hijo del diplomático, que no fué capaz de ingresar en la universidad.

MIGUEL.— ¡Y de mí, no te acuerdas? Soy Miguel.

PROFESOR.— Mucho, me acuerdo mucho. Tu eres Javier, Te hiciste poeta. ¡Pobre necio! Pero la culpa era de los profesores. O no eran ateos, o no eran creyentes.

MIGUEL.— Largo, no gastes mi paciencia. ¡Largo he dicho! Vete a otro estercadero, éste es nuestro.

Sale PROFESOR  
Suena tristemente lejano el pitido de  
un tren.

JAIME.— Ahí van ellas

LUIS.— Quiénes?

JAIME.— Los otros, los que no somos nosotros ni podremos serlo nunca.  
Todos con su billete y su destino comprado. Todo en regla.

LUIS — Me siento verde y resinosa. Me siento motorral.

JAIME.— Yo siento toda la angustia de sentirme hombre.

MIGUEL.— No se cuál es peor, si la de tener todo un cuerpo a consumir  
o la de tener esperanza que nunca llegará.

JAIME.— Pasó el tren y seguimos aquí solos.

LUIS.— En el otro vendrá.

MIGUEL.— Quién tiene que venir?

LUIS.— Ella.

MIGUEL.— ¿Quién es ella?

JAIME.— Es como una mujer.

Entra GUARDIA.

De comedieta antigua 'o vodevil francés.

Casco, espadón, bigotes desteñidos y  
mostachudos y camina a saltitos.

MIGUEL.— ¿Le conocéis?

LUIS. Yo, sí. Le soborné el día que atropellé a una embarazada. De  
resultas de ello no pudo coger mi matrícula ni identificarme. Es  
conocido como un escrupuloso funcionario.

JAIME.— Yo también le conozco. En una manifestación le dí una pedrada.  
Como sangraba. Pobrecillo, parecía un lechón. Creo que perdió  
el ojo. Mientras se recordó aquel ojo fui líder político.

GUARDIA.— Oir, gatillos. No me gusta veras por aquí. Largo a una ca-  
fetería. Buscaros unas mujeres, tomar unas copas, y en fin, hacer  
algo de provecho, pero largo de aquí.

LUIS.— ¡Calla esbirra!

GUARDIA.— ¡Ah, mamoncete! Con los pañales malolientes todavía y ya difamando el régimen. Pero en fin..... si vuelvo y os pillo aquí, ya podéis pedir tabaco a casa para una temporada. En el penal se fuma mucho.

Sale GUARDIA.

JAIME.— (A Miguel) ¿Y tú no le conoces?

MIGUEL.— Mucho. Es un típico ejemplar de hija de puta y de cabrón. Producen, cuando se cruzan, ejemplares como este.

MIGUEL.— Esperáis una mujer y yo he pasado años viendo solo sus sombras descarnadas bajando de camiones polvorientos.

JAIME.— Te compadezco.

LUIS.— Te envidio.

MIGUEL.— No me compadezcas, Jaime. Si ahora entre nosotros, viera una mujer, creería que era otra vida. Y buscaría donde comienzan los alambres de espino.

JAIME.— También podrías pensar en una vida donde se ama, se engendra, se pare, se cobra un sueldo y se revienta.

LUIS.— ¿No te sobra con una vida?

JAIME.— A mí, sí.

LUIS.— Y si ella viene, ¿qué nos ofrecerá? Todo eso, antes de reventar?

JAIME.— No comprenderá que todavía hay esclavos.

MIGUEL.— Vendrá a convenceros que todavía existís y no debéis impedirselo.

JAIME.— Debería venir mejor para barremos de este solar de inmundicia.

MIGUEL.— No dirá nada. No la oiréis. Solo se oye nuestras propias palabras en boca de otro.

LUIS.— Y si nos barre; en que basurero nos arrojará?

MIGUEL.— ¿Fumamos? ¿Hay tabaco?

JAIME.— No, me voy.

Entra MUJER BARATISIMA.

MIGUEL.— ¿De dónde vienes?

JAIME.— De rodear la tierra y andar por ella.

LUIS.— Dijo Satán a Jehová.

MUJER B.— ¿Tienes algo para comer, Antonio?

JUAN.— No, amor mío.

MUJER B.— ¿Sigues pensando abandonarme? ¿Tanto me odias?

JUAN.— Ni te odio ni te amo. Ya no siento nada por tí. Ya solo eres para mí un paisaje eternamente visto.

MUJER B.— (A Luis) ¿Ya apareciste, granuja? Todavía estoy esperando lo que me debes. Sigues igual, Enrique.

LUIS.— La última vez que nos vimos no eras la misma, Mercedes, por eso no te pagué, no te lo ganaste.

MUJER B.— Vamos a tomar un trago, Enrique.

LUIS.— Acabarás como una rata en un barril; vete, borracha asquerosa.

MIGUEL.— ¿Qué haces por aquí, Luisa?

MUJER B.— Buscarte, Diego, ¿Te vienes, corazón?

MIGUEL.— No puedo. Sólo deseo ahora luz y mar. Mucha luz y mucho mar que me laven y vuelvan transparente.

MUJER B.— Déjate de esas cosas ahora, Diego. Conozco un sitio nuevo. Sábanas limpias, bueno casi; agua, cerrojo en la puerta. Se está muy bien, vente.

MIGUEL.— Si me ofrecieras una mujer nueva, tal vez iría. Y cielo, y mar.

MUJER B.— Yo te los daré. Tan azules como tú quieras.

MIGUEL.— Tan azul como la inocencia?

MUJER B.— Adiós mujerzuela. Piensa en tu mar y tu cielo y tu mujer nueva.

Sale MUJER BARATISIMA.

JAIME.— (Da tres pasos hacia la derecha y de espaldas a sus compañeros se asienta) Decididamente me voy.

MIGUEL.— Por nada del mundo volvería a sentarme en el suelo.

LUIS.— ¿Temes manchar el polvo del suelo con tu barro?

MIGUEL.— Creo que en nosotros está ser tierra o mármol. Hacemos estatuas duraderos o polvo de los caminos.

JAIME ocupa su puesto anterior.

MIGUEL.— ¿Vuelves?

LUIS.— ¿De dónde vienes?

JAIME.— Hacía mucha calor allí. Estaba demasiado próximo del infierno. Prefiero vuestra puerca compañía.

MIGUEL.— Llegas a tiempo. Ahí viene Ella. Me da lástima. Viene confiada como bestia al sacrificio.

JAIME.— ¿Te arrepientes?

MIGUEL.— No, no es eso. Me portaré como vosotros, no temas. Pero, servirá de algo? ¿Lavará su sangre nuestros pecados? ¿Podemos escoger un redentor a voluntad?

JAIME.— No preguntes, nadie te contestará y menos Dios. Elige y sacrifica.

MIGUEL.— Por qué debo yo elegir y no ser elegido?

JAIME.— No pienses en Dios. Dios se ha suicidado. Lo ha preferido así.

MIGUEL.— Dios no puede morir.

JAIME.— Abandonándonos, abandonado a su obra, se mató a sí mismo en nosotros.

MIGUEL.— Se mata lo que verdaderamente se ama. Lo demás se ignora.

LUIS.— Callaros, pudiera oiros. Su venganza es silenciosa pero potente como el mar.

Entra ELLA. Viste un solo color. Tal vez amarillo. Sí, tal vez sea amarillo.

ELLA.— Qué caras más tristes y feas. ¿Tenéis algo colgando en la memoria que retuerza vuestras carnes?

JAIME.— Sería una pena que estuvieras alegre.

LUIS.— Es mejor que esté alegre, que disfrute.

ELLA.— Nunca me gustó desentonar, Luis.

JAIME.— Sí, ésta es compás, o ritmo de la vida.

LUIS.— ¿Me conoces?

ELLA.— Siempre te conocí. Un alma solitaria. Un peso tremendamente aplástante con la sensación de estar de más, y nada hecho para poder decir: "Esto es mío porque lo hice yo".

JAIME.— Canto, ríe, lloro en buena hora.

LUIS.— Es armonía.

MIGUEL.— Oigo graznar un cuervo.

ELLA.— No seas tonto Miguel. Es un tren.

MIGUEL.— ¿A mí también me conoces?

ELLA.— Sí, a tí también. Antes de la guerra un hogar, una familia, y una novia pura como el agua o la luna lejano. Luego, una cicatriz en el pecho, un montón de cenizas y algunas fotos de unos muertos.

JAIME.— Manifiestas un optimista conocimiento insultante.

ELLA.— Y a tí Jaime.

JAIME.— Claro yo soy Jaime.

ELLA.— Una vida podrida por dentro, aunque conserve una sano apariencia como los frutos en sazón.

MIGUEL.— ¡Qué bella eres y que joven!

ELLA.— No os habéis fijado? Han puesto en la calle de al lado árboles y flores. ¿Por qué no os reunís allí? En lugar de este solar inmundo.

JAIME.— Alegría insensata. ¿Terminamos con la alegría o es pronto?

ELLA.— ¿Que vais a terminar con la alegría? Qué mal os hizo?

MIGUEL.— Está tan lejos la otra calle. No tenemos fuerzas para llegar.

ELLA.— Yo os ayudaré, Miguel, si es preciso. No os desaniméis. Ando, decidiros. Uno a uno os iré llevando. Es tan pequeña vuestra cruz en mis espaldas, que nos sentiremos todos resucitados al tercer viaje.

JAIME.— ¡Qué cerca y que lejos está la otra calle! Como si hubiera una reja.

LUIS.— Un abismo.

MIGUEL.— Sí iremos, pero por otro camino.

ELLA.— Por el que querais pero vamos. Alegrar esas caras, la luz está cerca.

MIGUEL.— Vámonos.

LUIS.— ¿Ya?

JAIME.— Quizá, si tardamos, manchemos su piel blanca con nuestra tristeza.

LUIS.— Sí, Miguel, dáselo a Jaime.

JAIME.— Dámelo, Miguel.

MIGUEL.— (Le entrega un cuchillo a Luis) Toma, Luis.

LUIS.— (Recoge el cuchillo y se lo entrega a Jaime) Toma, Jaime. Es tan sensible. Que tu golpe sea tan suave como el crepúsculo cuando desciende.

JAIME.— ¿Tendrá la sangre blanca?

LUIS.— Se dijera una flor que no recibió el beso del rocío.

JAIME.— ¿Qué fue una flor sino polen?

MIGUEL.— Milagros de la naturaleza.

JAIME.— Magias de la naturaleza que convierten lo repulsivo y hediondo en objetos de nuestra ridícula admiración.

ELLA.— Alegraos. Vuestra vida con mi venida, ha cambiado.

JAIME.— Veinte caballos patean mi cerebro y agitan mis pensamientos.

MIGUEL.— Cuando estén despenzurrados, avisa -es la hora de partir.

JAIME.— ¿No me ayudaréis? Tendré que beberme el cáliz de toda mi vida y apurarlo, durante toda mi vida, en este momento.

MIGUEL.— A mí nadie me ayudó sino fue a golpes.

ELLA.— ¿Qué necesitas? Yo te ayudaré.

MIGUEL.— A tí.

JAIME.— ¡Dios! Me faltabas y ahora que te tengo, me sobras.

ELLA.— Miguel, ¿serías capaz de manchar nuestra amistad? Calla, no digas eso.

LUIS.— Mala intención das a sus palabras. No pensó prostituirte.

MIGUEL.— Temamos el contagio.

ELLA.— ¿No oís la música? Levantaros y caminar.

LUIS.— De quedarnos tendríamos que esperar demasiado tiempo.

MIGUEL.— Tal vez otra. Y es difícil que vuelva alguien que nos permita vernos como en un espejo.

LUIS.— Tal vez morir.

MIGUEL.—Y no podríamos ir a la calle de al lado que está tan cerca.

LUIS.— El médico visita a los apestados.

JAIME.— Y se contagia.

LUIS.— O los aleja.

ELLA.— Los médicos no mueren. Tienen que curar. Es su obligación y Dios cuida de ellos. Dios cuida de su vida por el bien de los demás.

JAIME.— Se suicidó. Lo ha preferido.

ELLA.— No me creéis?

LUIS.— No sé. Tal vez te lo diga luego.

ELLA.— ¿Cuándo te decidirás a hablar?

JAIME.— Pronto, no tengas prisa.

ELLA.— Aún así, Dios ha resucitado muertos.

JAIME.— Los muertos que mata la peste, no resucita. Esos no sirven.

ELLA.— ¿Pero de qué habláis, no os entiendo? Todos dejan de ser cadáveres. Si yo muriera ahora mismo, inmediatamente, sin transición, empezaría a vivir.

JAIME.— ¿Lo crees tan deliciosamente como lo dices?

MIGUEL.— ¿Hás pecado alguna vez?

ELLA.— Sí, muchas. Mi perfección viene de reconocer mis debilidades. Me conozco.

LUIS.— Lástima, su piel no es blanca.

ELLA.— Estoy perdonada. Mi alma es pura como la de un niño.

JAIME.— A los niños no hubo que perdonarlos.

MIGUEL.— Y contra la carne ¿has pecado?

ELLA.— No, nunca.

JAIME.— Pues qué. ¿No te atraía? ¿Su voz no era lo suficientemente fuerte como para dejarte llevar? ¿O te quedabas fría como después de oír un discurso del partido redentoristamaniqueo o del socialcristiano.

ELLA.— Calle, Jaime, no digas barbaridades.

LUIS.— Es una virgen. Está enferma.

JAIME.— El reloj del destino marca la hora exacta. ¿No oís sus campanadas? Son de plata y suenan a año nuevo. Habla que se decidan.

MIGUEL.— Sí, suenan a blanco.

ELLA.— Gracias, Miguel, que bueno eres, los tres, los tres, que buenos sois.

Suena lejana una música por breves momentos.

¿Oís la música? En la calle de al lado hay mucha luz. Vámonos allí, esto es triste y feo. ¿No lo notáis, tal vez?

LUIS.— No podemos. Hay muchas calles que nunca se pisarán.

ELLA se levanta y se dirige hacia la derecha.  
Ellos hacia la izquierda.

JAIME.— Éste es tu camino Inmaculada.

ELLA.— Por aquí llegamos antes.

JAIME.— Tú, sí. Nosotros no. Sólo tenemos un camino.

ELLA.— Como queráis. Accederé una vez más a otro capricho.

JAIME.— Sí, camina, será el último. La redención se acerca. Todo se consumará.

JAIME se detiene en el sitio que se sentó.

en otra vida me gustó este sitio.

Se detiene.

Yo era otro. Aún estaba limpio. Lo encontré tibio y huí de él. Sí, creo que sirve, no busquemos más. (A ELLA) Sin mácula, acércate a mí. Despidámonos antes de salir de aquí camino de otra vida muy distinta.

MIGUEL.— No manches su piel. Es pecado manchar una piel blanca, aunque sea de paloma. Ten sumo cuidado. Obra meticulosamente. Una mancha sola, sólo una mancha de sangre no nos concedería la redención.

LUIS.— No te cuides de las manchas Ellas serán las que laven las tuyas.

MIGUEL.— Ni una mancha, ni una mancha.....

JAIME.— Inmaculada, contempla el camino de nuestra redención. Pide con fé perdón por los que no saben lo que hacen, porque este es el momento.

ELLA camina hacia los brozos extendidos de JAIME.

JAIME, con lenta y pavorosa insistencia, le hunde el cuchillo en las entrañas, que se desgarran como una flor sacudida por los vientos que soplan lanzados por las pasiones humanas.

ELLA, resbala sobre el cuerpo de JAIME, hasta el suelo donde es reposada por MIGUEL y LUIS.

MIGUEL.— Ni una mancha, ni una mancha.....

JAIME, MIGUEL y LUIS, se acucillan alrededor contemplándola rígidos en su encogimiento.

MIGUEL.— Se ha conseguido.

JAIME.— La obra está consumada.

Cruzan, acechando en sigilo un largo silencio.

Entra GUARDIA.

GUARDIA.— Pero aún, seguís aquí, bribonzuelos. La patria necesita brazos y la juventud de hoy sólo le da posaderas. ¿No me oís? Os he dicho que largo de aquí. Pero qué veo. ¿A quién adorais? ¡Cómo, un muerto! Ya sabía yo que nada bueno me pasaría hoy. Haz servicio para esto. Granujas, desconsiderados. Apuñalando jovencitas en los anocheceres como si fueran mariposas.

Entra PROFESOR.

GUARDIA.— Profesor, llegas en buen momento. Al menos eres oportuno. Contempla la obra de tus alumnos. ¿Es esto lo que enseñas? Resolver problemas es lo tuyo, ¿no? Yo sólo soy guardia. Cuando pasé estaban estos granujillas, quizá borrachos, aquí reunidos. reunión de tres y en un solar: nada bueno. Los dispersé como era mandado y de mi obligación. Nada de concentraciones, se me ha dicho. Creí el campo despejado. Vuelvo a pasar y me los encuentro con un fiambre.

Entra VIEJA.

VIEJA.— ¿Quién habló de fiambre? ¡Dios mío y padre mío! Llevo siete días sin comer ni caliente ni frío.

Entra MUJER BARATISIMA.

MUJER B.— Anda con la vieja. Si tuvieras mi cuerpo ya comerías, ya, desgraciada.

PROFESOR.— Calle la que se apartó del camino de la pureza y deje hablar a la autoridad. ¿Qué decías, guardia?

GUARDIA.— Un muerto.....

MUJER B.— ¡Recristo! ¡Ha dicho un muerto!

VIEJA.— ¡Dios bendito, bendito!

PROFESOR.— ¡Ah! Juventud insana, ayuna de apoyo cultural, hambrienta y carente de libertad, abocais a una esquizofrenia que os hace escapar de vuestro ruin mundo presente, mezquino, pobre e insulso.

MUJER B.— Carajo, qué tío. Cómo habla.

GUARDIA.— Más respeto a las instituciones públicas y público saber.

PROFESOR.— Bueno, bueno, público saber, no así precisamente; es todo privado. Trasciendo cultura, ciencia al mundo. Esta juventud no quiere oírme y así le va; yo soy la luz que alumbra pero no quieren oírme.

ELLA queda iluminada. La luz asciende del suelo a los cielos.

JAIME.— ¡La redención! La inmolación de Inmaculada alumbra al mundo.

VIEJA.— Se llamaba Inmaculada, como la Virgen, como la Virgen. ¡Dios bendito, bendito!

LUIS.— El sacrificio no ha sido en vano. El holocausto ha sido grato a los ojos del Desconocido. El misterio se consumó en el ara del sacrificio por redimir a la humanidad que yace perdida en el vacío.

MIGUEL.— Pura fantasmagoría. La luz luciérnaga, inanidad y vacuidad absoluta.

La luz se apaga.

JAIME.— He aquí el sacrificio inútil. La estupidez humana nos sigue ahogando en la miseria del pecado de lo vano y estúpido.

GUARDIA.— Qué dice ese loco. ¿Qué cree usted que dice, profesor? ¿Es un anarquista?

PROFESOR.— No, está ayuno de cultura solamente. No asistió a mi cátedra, para desgracia suya.

GUARDIA.— Yo lo prendo.

VIEJA.— Si lo prende, olerá a azufre según habla el condenado.

MUJER B.— No habrá calentado muchas sábanas ajenas. Eso es lo que le pasa. Si me hubiera conocido otra cosa sería.

JAIME.— ¿Pero será vano el sacrificio con una piel tan blanca?

MIGUEL.— Ya tenía yo mis dudas. Tenía el pecado de la debilidad. Busquemos otra. Corramos.

LUIS.— No era demasiado fuerte. Era material. Se necesitaba para redimirnos de la nada, la nada misma.

MIGUEL.— No, busquemos, aún queda una esperanza.

JAIME.— Una.....

LUIS.— Ninguna.

VIEJA.— ¿Qué hace, guardia, que no los detiene? A qué punto hemos llegado con estos anarquistas. ¿O es que la autoridad se desentiende?

MUJER B.— Estos son de los que tienen bula. Ya lo verás. Una trabaja honradamente y el día menos pensado te encuentras con un granuja de estos que te pone panza arriba, pero no para echarse encima, que va, no señor, sino para abrirte otro agujero. Canallas. Ni amar saben.

VIEJA.— ¡Jesús bendito! Que manera de hablar, que horror.

GUARDIA.— Calle el pueblo y no involucre y deje actuar a la autoridad.

PROFESOR.— Yo creo que la autoridad en esta situación presente y delicada, en que la juventud está perdida, debe con todo cuidado acabar con ella eliminándola, para evitar una posible infección, peligrosísima si llegara el caso.

GUARDIA.— Cállese, Profesor, que ahora es la Autoridad quien entra en funciones. Nada de prenderlos sin orden de un Juez, estamos en un país libre. Vosotros, granujas, en pie.

JAIME, MIGUEL y LUIS se ponen en pie, mecánicamente, ignorando a GUARDIA.

Quedaís presos por orden irrevocable de la Autoridad. Vamos, uno al lado de otro.

Se juntan codo con codo y de cara al público.

En fila a la prisión. Vuestra sentencia ya está dictada. Izquierda.

Hacen izquierda. La mirada al frente como iluminados.

Vamos, en marcha.

Salen andando rígidos, hieréticos, ignorando todo menos su propio andar acompasado.

GUARDIA, detrás de ellos, marcha en un trotrecillo jadeante, dando saltitos.

Venga.... vamos.... venga.... vamos.... vamos.... vamos.... vamos.... venga.

Salen por la derecha.

MUJER B.—Te conservas profesor. Te conservas con tanto saber.

PROFESOR.— ¡Ah! insanos que queréis buscar la verdad por caminos descarriados. Si mi voz que nunca fue oída por vosotros.... mi voz pedagógica.... oficial.... verdad infalible e indiscutible que emanaba....

Se dirige a la derecha, pero MUJER BARATISIMA, le coge del brazo y lo arrastra suavemente hacia la izquierda a reposar su verborrea en la cama de sábanas casi limpias.

MUJER B.—Vamos, Profe, cuenta.... cuéntame lo todo a mí....

PROFESOR.—(Dejándose llevar) Pero ellos decían: nada de latín, no sirve, huele a muerto. Nada de griego, es perder el tiempo....

MUJER B.— Claro, precioso. Vamos a darnos prisita que se te hará tarde.

VIEJA saca del pecho un rosario monstruoso de grande, con cuentas como huevos y se arrodilla a rezar en un murmullo piadoso su rosario de letanías. Su lengua macilenta se trava.

VIEJA.— El pan nuestro de cada día.... el pan nuestro de cada.... el pan nuestro de.... el pan nuestro.... el pan.... pan.... pan.... pan.... pan....

F I N